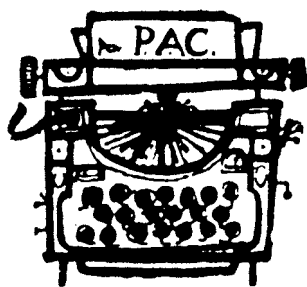


Notas de viaje



## In piccolezza liberta'

ando por Italia, cuando abamos la provincia Emilia, de Forli, nuestro autobús, con el o de todos, desvió hacia un o que muy pocos americanos visitan, el de la República de San Marino, el más pequeño de Europa y uno de los más bellos del mundo. Sospeché la riqueza de sugerencias históricas que me proporcionaría más de la belleza del lugar— mi primer viaje de San Marino!

ografía es sorpresiva y altanera. Las llanuras de Forli ascienden a una precipitada elevación ante el monte Titano, a más de 700 metros sobre el nivel del mar—, y arriba, como un pico de águilas prendido a la roca, se levanta la ciudad capital coronada por un imponente castillo de tres torres que se ven en su escudo.

Medida que subíamos en espiral por una espléndida carretera, la vista se abría sobre horizontes, abarcando hasta las montañas de Ancona, Rávena (la tumba de Napoleón), Rimini y el anil veneciano del Adriático. Por el otro lado: valles, ríos y las difusas cumbres celestes de los Apeninos.

San Marino apenas mide 61 kilómetros cuadrados de territorio. Sus nueve municipios reúnen una población en su mayoría campesina pero hábil en artesanías.

El autobús, casi convertido en avión, se detuvo en San Marino por una puerta de la más hermosa muralla que rodea la ciudad y se detuvo junto a la plaza. El guía me dijo: "Hemos llegado al paraíso de los exilados". Como en todo mundo que se quiere exilado en potencia, San Marino fue una feliz tarjeta de presentación.

Bajamos y me llamó inmediatamente la atención, en el aire puro de la mañana, el orden, la limpieza y el pulimento de la ciudad. (¿Un antídoto para el viajero que viene de la región del polvo y los coches viejos?). Al final de la Plaza, entre las casas y comercios de todos los estilos, se empinaba el Palacio Comunal, sede del gobierno, de dos pisos y un campanil, humilde réplica de los grandes palacios del medioevo. Frente al palacio, una estatua: Libertad y en el asta del castillo la bandera azul y blanca. Me senti corrientemente aludido. El guía nos había contado la historia de esa "pequeña república" (¿la gracia y el drama de lo que no es, acaso, un elemento de la nacionalidad?) era un ejemplo de orgullo a la libertad y de conciencia y responsabilidad colectiva. Y esa historia tenía una bandera con los mismos colores ideales de mi Patria. Quise saberla.

San Marino lleva el nombre de su fundador—"Ave, Marine, Libertatis fundator"—dice una milenaria inscripción en la base de su escultura—. En el siglo IV, un picapedrero cristiano del que se dice trabajaba en la construcción del templo de Rimini. Para obtener piedras para su trabajo, tuvo que hacer largos viajes a las canchales del monte Titano. Su condición de esclavo y la de algunos de sus compañeros le atraían malos tratos y luego persecuciones, hasta que un día, cansado y cansado, se retiró con sus compañeros al Titano formando una colonia de esclavos. La dueña de aquel monte que era una dama noble llamada Felicitas a quien Marino convirtió al cristianismo y Felicitas le donó sus tierras a la comunidad para que las cultivara. Así comenzó la futura república: como una especie de monasterio campesino de monjes esclavos a cuyo alrededor se agrupó, sus viviendas, el pueblo, llevando una vida comunitaria y fraterna. La más preciada del pueblo de Marino fue el sentido comunal. Durante las primeras invasiones de los Bárbaros, el hambre y el frío del Titano llamaron la atención. Pero las oleadas de bárbaros y sarracenos y normandos iban llegando y la comunidad tuvo que organizarse y comenzar la lucha por la independencia. De entonces datan las impresionantes torres que coronan el monte y la ciudad erguida sobre el monte.

En el siglo XI el primitivo poblado se organizó. La vida patriarcal se organiza, las leyes y se llama a sí mismo "Libertas" y luego República. Ya tiene un simple y envidiable sistema de

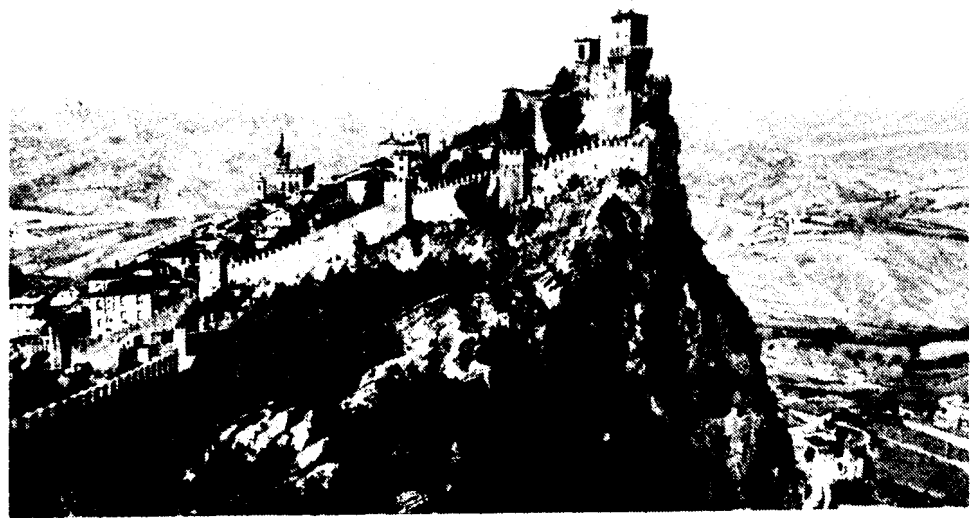
gobierno. El pueblo elige una Asamblea de 60 representantes que a su vez eligen un Consejo de 9 miembros. Cada seis meses, en la Catedral, un niño saca por suerte los nombres de esos nueve que pasan a ser los Regentes, o presidentes del país por un periodo de medio año. San Marino aún conserva ese sistema constitucional y cuenta la tradición que en los comienzos de la República, cada vez que terminaba el corto periodo de los Regentes, la Asamblea, ante el pueblo, hacía una revisión de sus aciertos y desaciertos en el mando, y si eran mayores los desaciertos, decapitaban al mal gobernante. Agrega la tradición que sólo una vez en la historia rodó la cabeza de un regente que buscó alianzas extranjeras para favorecer su poder personal. ¿Qué dirán los colores azul y blanco de mi país, con sus violadas constituciones, ante esta historia? ¿Se desentendrán de sorpresa o de envidia ante la severa y limpia democracia de esta otra pequeña pero verdadera República?

Pero la decisión—sostenida a través de los siglos—de conservar el gobierno comunal, no es la sólo virtud de este pueblo. Su pequeñez le ha costado, como a nosotros, una historia de asedios, intervenciones, luchas y dramas, pero ¿con qué distintos resultados! Ya desde la misma Edad Media los grandes señores feudales y, más tarde los Papas-Reyes, en los tiempos poco ejemplares de su poderío temporal, quisieron anexarse o arrastrar a sus conflictos a la indomable república. Unas veces la prudencia, o la habilidad que da la misma pequeñez, permitió a los hijos de San Marino salvarse de las presiones e incluso echar a pelear a sus peligrosos vecinos para desgastarlos; otras veces, cuando la fuerza ya no entendía diplomacias, sacaron heroísmo de su flaqueza y, unidos como un solo hombre, rechazaron invasiones e intervenciones. Nunca llamaron a extranjeros para que los defendieran. Cuando en 1503 el Duque Valentino quiso hacer a la fuerza de Italia un solo Estado, San Marino fue invadido y anexado. Los "SESENTA" de la Asamblea Comunal (¿no serían 27?) juraron recuperar su independencia. Aunque perseguidos, su juramento pasó de boca en boca y un día todo el pueblo unido, en un acto de sorpresa y de fuerza, recuperó lo suyo.

Veinte veces más San Marino repitió esta historia y ratificó su independencia contra las Ciudades-Repúblicas de Italia, contra España, contra Francia. Al coronarse emperador Napoleón se creyó que su vida independiente había terminado. Bonaparte organizaba a su gusto Italia como jugando una partida de ajedrez. Y cuenta un historiador que uno de sus ministros le preguntó: "Majestad ¿qué se hace con la República de San Marino enclavada en uno de estos reinos?". Y Napoleón, después de meditarlo, contestó: "Conservémosla como un modelo de república". Pero la anécdota no termina aquí. El Emperador, llevado por sus simpatías, ofrece a San Marino aumentarle el territorio, le ofrece armas y municiones (¿San Marino sólo tiene un ejército de sesenta soldados!). Entonces, Antonio Onofre, un prócer de los Sesenta se pone de pie y pide a la Asamblea rechazar la oferta napoleónica. —"Debemos ser fieles a nuestra divisa—exclama—: IN PICCOLEZZA LIBERTA'", "en la pequeñez, libertad". Onofre sabía lo que decía y comprometían las dádivas y préstamos de los grandes. ¿Encontraremos esa sobriedad, encontraremos ese sentido de dignidad—nosotros los endeudados hasta el tope, los sobregirados, los que hemos montado un Estado millonario sobre un Pueblo en miseria, nosotros, los de la otra bandera azul y blanca, que le contestamos a los napoleones de hoy?

En 1868, en 1879, en 1910 y hace poco, al terminar la Guerra Mundial, San Marino ha rechazado también las ofertas de especuladores internacionales de convertir su territorio libre en un Montecarlo, y montar en su altivo Titano un lujoso centro de juegos con pingües ganancias. La libertad y su contenido humanista tiene que defenderse no sólo contra el Poder sino contra el Dinero. La corrupción es también esclavitud. San Marino dijo: NO! —"In piccolezza liberta'".

Es admirable y ejemplar que una pequeña comunidad de mayoría campesina sostenga, con tantos vientos adversos, los colores de la libertad y de la



dignidad tan altos. En la misma medida en que ha sido amenazada su independencia, lo ha sido también su soberanía. El hecho de ser una República libre, el hecho de que su pueblo tenga tan enraizado el amor a la libertad, la ha convertido en atrayente refugio para perseguidos políticos y exilados, a quienes ha acogido con los brazos abiertos. Nada menos que Garibaldi, el creador de la unidad italiana se asiló en su nido de águilas. Pero esto mismo le ha creado dificilísimos problemas y situaciones que San Marino siempre resolvió con ejemplar dignidad. En el siglo XVIII un refugiado político que la República se negó a entregar le ocasionó una guerra y una invasión de las tropas pontificias. En tiempos del Fascismo tuvo de nuevo serios choques. No entregó, no canjeó con la muerte—como nuestras indecorosas repúblicas—las vidas humanas que buscaron asilo bajo su bandera azul y blanca.

Para sostener, en la pequeñez, en la

"piccolezza", esta difícil historia de humanismo y libertad, se necesita un ejercicio constante del espíritu republicano y de las virtudes cívicas. Se necesita saber vivir la vida que se tiene. El pueblo de San Marino es, como el nuestro, mayoritariamente campesino. No se trata de una cultura superior, de grandes medios, sino de la cultura auténtica de quien vive con profundidad la libertad del noble trabajo de la tierra y le extrae no sólo frutos y ganancias, sino sabiduría existencial.

San Marino es una república pequeña y pobre mucho más que la nuestra; pero desde el alto mirador del restaurante donde bebo un fresco vino del país y medito, veo la plaza, el "Pianello" y en ella una única estatua. Esa estatua es la Libertad.

... En cambio entre nosotros—serviles—la única gran estatua que queda en pie es la estatua a un tirano.

PABLO ANTONIO CUADRA